

## LA PIANISTA EN EL 142B

De padres italianos, la vio nacer «la Píccola Venecia», una tierra llena de luz, con aroma a café y maíz pilao, bañada por las cristalinas y cálidas aguas del Mar Caribe.

Sin embargo, ese bendecido lugar del mundo, ya no era un espacio digno donde poder continuar con su labor como docente en el Conservatorio de Música; el aire en su país natal, se había enrarecido; la maldad se apoderó de las calles, la carencia de electricidad, agua, seguridad y alimentos, ya era insostenible, asfixiante, y el sudor de su frente, se desvanecía como agua entre los dedos.

Sus estudiantes de Piano, la despidieron con sendas lágrimas en los ojos y el corazón cundido de nostalgias, melancolía y bellos momentos.

Nidia, «la profe de Piano», se iba con su familia, en busca de otros horizontes. Andalucía era su destino.

Con el corazón henchido de emociones encontradas, aquella mujer llegó a Sevilla.

Era una calurosa tarde del mes de Julio; levantó la vista, y miró al cielo, dividiendo pinceladas de colores tenues y difuminados en la inmensidad que ahora le cobijaba.

Todo comenzó a ser diferente, a ser mejor.

El bus que tomó en la estación Plaza de Armas, era para ella, mucho más que un número; sus ojos color Cuarzo Ahumado, vieron en él, una carroza halada por hermosos caballos; subirse a ese autobús, significaba el inicio de un esperanzador trayecto; era el vehículo que la llevaría a una nueva barriada, una nueva casa. La llevaría al Aljarafe Sevillano.

Al montarse en él, percibió la sonrisa afable de su conductor, quien animó el trayecto con melodías aflamencadas. No podía creer estar escuchando aquel prodigioso canto; afinado, bullicioso y espontáneo. Sí. Esa atmósfera de alborozo, era maravillosa, y las canciones, el bálsamo que espantó sus miedos.

Ya estaba allí, con sus maletas llenas de ilusión, sobre ese búnker Amarillo y Verde. Protegida, tranquila; nadie le robaría, nadie le miraría como una extranjera en su propia tierra.

Ya estaba allí, y se sentía alta, muy alta, tanto que podía alcanzar las nubes rosadas que la recibían con ternura.

Se sentó, contempló, respiraba libertad, miró a su alrededor y todo era limpio, todo funcionaba, el bus no rodaba, «flotaba», y la campanilla de las paradas era música para sus oídos.

Luego, arrastrando sus largos dedos de pianista, simuló escribir con tinta de colores sobre la ventanilla panorámica de su asiento en el Ciento Cuarenta y Dos B: puedo, creo, confío, quiero.

LA PIANISTA